

R.36.294 **CUATRO LINEAS**

que en el acto de distribuir los premios
á los niños de las escuelas públicas
de Zaragoza,

leyó en el Paraninfo de la Universidad literaria
de la misma capital, en 15 de Octubre

DE 1872,

D. CÁNDIDO DOMINGO Y GINÉS,

Maestro de la Escuela de la calle de S. Blas.



ZARAGOZA.

Imp. á cargo de V. Andrés.

1872.

EXCMO. SEÑOR.

Si no es propio de Maestros de Escuela escribir discursos, empuño vano y temeridad loca fuera en el último de todos acariciar la idea de halagar vuestros oídos en esta solemnidad. Esto no deja de serme sensible, cuando se ha declinado sobre mí un encargo muy superior á mis débiles fuerzas y que cualquiera de mis ilustrados compañeros desempeñaría cumplidamente. Y me preocupa esta idea tanto mas, cuanto que es sabido que nuestros huéspedes, los que, inspirados por un sentimiento religioso y por cariño á este gran pueblo, han querido acompañarnos en estos dias de popular regocijo, esperan con fundamento ser agradablemente sorprendidos en los festejos que se hacen en obsequio de nuestra Escelsa Patrona; y yo, con la pobreza de mis conceptos y lo vulgar y bajo de mi estilo, voy á apagar el brillo de este acto solemne que debiera dejar en todos los ánimos memoria imperecedera, ya que es en alto grado imponente, porque lo honran con su presencia ilustres y sapientísimos Príncipes de la Iglesia.

No voy, pues, á pronunciar un discurso: llenaré, sí, una formalidad, por la costumbre introducida, aunque mis débiles acentos formen torpe disonancia con la elocuente palabra que pronuncia el sábio en este sitio, á él sólo reservado, y que aun repite el eco, como protesta de la ciencia contra tamaña profanacion.

La educacion, especialmente la educacion de la familia, vá á ser el objeto que nos ocupe: apuntaré algunas ideas sobre este

asunto, y vosotros en vuestro elevado criterio, con el gusto literario que os es propio, hareis con facilidad un trabajo que yo sólo me atreveré á indicar.

Me dirijo á un auditorio ilustrado, compuesto en gran parte de notabilidades científicas y literarias; por eso, sin temor de quedar defraudado en mis esperanzas, os suplico con todo encarecimiento que me dispenseis vuestra benevolencia.

No olvideis que el discurso vá á ser cosa vuestra, y que para esta obra yo no haré mas que aportar los materiales. Seré breve.

EXCMO. SR.

El hombre, á pesar de su debilidad é impotencia, es el sér mas perfecto de la Creacion. Todos los animales que pueblan la superficie de la tierra, todas las maravillas de la naturaleza son poca cosa, si se comparan con la elevacion, con la dignidad de la criatura racional. La flor que oscila sobre su tallo, el arroyo que entre arenas se desliza y el astro que brilla en el cielo azul, son séres mudos que publican las glorias de Dios, obedeciendo á leyes precisas que no importan obligacion sinó necesidad. Sólo el hombre es el ente moral que, dotado de libertad é inteligencia, levanta su mirada hasta la Divinidad, á cuya posesion, que es su término, que es su fin, se encuentra en aptitud de aspirar.

Esto nos dice que el hombre no ha sido criado para servir de adorno en el grandioso edificio del Universo, ni arrojado al azar sobre la tierra para terminar con la muerte su vida fatigosa. Esto nos dice que ha menester una direccion conveniente y en armonía con el fin á que aspira. Esto nos dice que debe ser conducido como de la mano hácia ese término, hácia ese fin; en una palabra, que debe ser educado.

Y es tan universal la idea de educar al hombre, está tan encarnada, digámoslo así, en la humanidad esta creencia, que no hay pueblo civilizado, ya sea antiguo ó ya moderno, que no haya mirado como cuestion superior á todas las cuestiones, la cuestion de educar al hombre. Podrán no haber estado conformes en los medios de educar; habrán establecido este ó el otro sistema de educacion; sin du-

da muchos se han desviado del sendero que en tan trascendental asunto debe seguirse; pero no ha habido sábios que no se hayan ocupado de este importantísimo ramo, por mas que algunos hayan pretendido someter á sus ideas y á sus sistemas lo que en el fondo no admite mudanza alguna. Hay mas: desde el pacífico misionero que arrostra los peligros del mar y de la tierra por encender la luz de la fé y de la civilizacion en lejanas comarcas, donde debe encontrar su sepultura, hasta el soldado de la *Commune* que con la tea incendiaria en la mano reduce á pavesas el soberbio alcázar y la gótica catedral, prodigios del arte, apenas hay hombre que en sus empresas no se sienta impelido por el pensamiento de regenerar el mundo, á su entender, con la educacion: pensamiento de los grandes genios; pensamiento de los hombres perversos, aunque distinguidos por su saber; sueño dorado de todos los gobiernos; aspiracion de todos los corazones.

La principal cuestion sobre este punto estribará, pues, en el conocimiento del fin del hombre: determinado este fin, la educacion consistirá en el desenvolvimiento de las diversas aptitudes humanas para que la criatura racional cumpla su mision aquí en la tierra con la perfeccion posible y consiga despues el fin que le señaló el Criador, que es la otra vida. Si no fuera así, si la educacion facilitára el desarrollo de las facultades del hombre sin otro fin ulterior, habria que inventarse otra palabra que espresase con claridad la idea de conducir al hombre hácia su fin. E insisto en esto, porque del carácter de la educacion depende, á no dudar, el resultado que de la educacion nos prometemos. Quitad este carácter religioso que en el fondo tiene la ciencia de educar y se le habrá quitado todo el poder, toda la influencia que con razon se le atribuye en el mejoramiento social: podremos darle entonces el nombre que gusteis; pero educacion no será.

Ahora bien; si las facultades humanas han de desarrollarse, teniendo el educador fija la mirada en el fin antes indicado, ¿cuál es el agente que deberá ponerlas en ejercicio? ¿Quién podrá con mas facilidad educar al hombre? ¿Quién en primer término será llamado á educarlo?

Hubo un tiempo, señores, en que el hombre, oscurecida su razon



por la ignorancia y su corazon corrompido por las pasiones, caminaba por las sendas del error, arrebatado en alas de su inconstante deseo, como barquilla débil impelida por la tempestad. La oscuridad mas completa envolvía todos los espíritus, y ni idea ninguna determinaba la direccion de la criatura racional en el escabroso camino de esta vida, ni razon potente habia capaz de concebir los medios de llegar al fin: sola una luz se divisaba en el remoto cielo, alumbrando un rincon de la tierra: luz de purísima suavidad que los ojos de la carne no distinguian; pero que sostenida por Dios y por Dios avivada, tenia que convertirse en inmensa hoguera para iluminar con sus reflejos todas las inteligencias é inflamar con su calor todos los corazones. Esta luz, la fé de un solo pueblo la veía con toda claridad; los demas pueblos no percibian esta luz.

En aquel pueblo, pues, la educacion seria una verdad, cuando en él se siguieran las inspiraciones de Dios, y la historia cuenta que en el resto del mundo, ni llenaba su objeto en esta vida, ni conducía á los hombres hácia su fin. Los antiguos legisladores paganos, ignorando las verdades religiosas, tendieron siempre á hacer del ciudadano un miembro útil á la patria, en cuanto supiera sacrificarse por ella: enseñaron á morir en la pelea en defensa de sus instituciones; pero mataron antes las mas puras afecciones del alma. El hombre entonces se educaba por el estado y para el estado: la patria era el ídolo ante el que se sacrificaba el amor de padre, el cariño de hermano, la amistad, la vida; todo. Educar se traía por hacer hombres robustos, ágiles, valerosos: la educacion era educacion militar puramente; pero sin el carácter suave que ha tenido la educacion militar de otros tiempos que se sucedieron. Así es que la patria producía muchos héroes; pero héroes que miraban como enemigos irreconciliables á los que no tenían sus creencias, ó hablaban distinto idioma, ó pertenecían á diferente país; héroes cuyo corazon estaba vacío de esos sentimientos consoladores que se desenvuelven en la familia.

Pero la luz divina llegó á despejar todos los confines, ahuyentando las tinieblas de cuarenta siglos, y los hombres conocen su origen y su destino; y allí donde se tributaba repugnante culto á la pasión mas liviana se levanta una cruz, símbolo de la mortificación; y las

costumbres se suavizan; y la semilla del Evangelio, grano imperceptible de mostaza, se hace árbol frondosísimo; y en medio del cambio radical de ideas y sentimientos que se advierte, en medio de tan general y saludable trastorno, se alza magestuosa una figura, destacándose en el fondo del inmenso cuadro que la humanidad presenta..... Es la mujer que ha recobrado los derechos que el bárbaro paganismo le habia arrebatado, y aparece ahora con toda su hermosura é inocentes atractivos; es la mujer, antes vil sierva del que por su poder ó sus riquezas era mas fuerte; hoy reina y señora de la familia, dominando con el poder de su sonrisa y con las armas que guarda en el arsenal de su debilidad y de su cariño: es la mujer, de todos querida, respetada por todos, providencia de la casa, ángel para sus hijos, amiga del pobre, retrato fiel de la piedad cristiana, flor que perfuma el erial de la vida y que se levanta mas brillante y mas graciosa donde quiera que hay dolores que adormecer, lágrimas que enjugar, privaciones que sufrir.

Hasta la aparicion del Cristianismo, una ley arrancaba de los brazos de la mujer al hijo amado que se llevaba la mitad del alma de su madre. Despues, la ley de la naturaleza, antes hollada, y la ley de la nueva doctrina le dieron el derecho que siempre debió tener, no sólo de alimentar la vida del cuerpo de su hijo, sinó tambien el de sostener la vida del alma, que es el complemento de la obra que le está encomendada; el derecho de educarle. A la madre, pues, corresponde en primer término la educacion de sus hijos: en el regazo maternal deben desenvolverse los gérmenes del bien, los primeros albores de la virtud, que se despiertan en el corazon: allí, á la influencia benéfica del maternal cariño, han de ir apareciendo los sentimientos de respeto, de obediencia y de amor, como aparecen las galas de la flor brillante que rompe sus cubiertas al soplo blando y suave de las auras de Abril: en la familia, á la sombra protectora del paterno hogar es donde principalmente tiene que formarse el corazon.

Existe sobre este punto una preocupacion que fuera bueno desarraigar; preocupacion funesta que el desapego á la familia acrecienta, impidiendo el natural desarrollo de los sentimientos mas tiernos. Apenas encontrareis quien no dé la preferencia, en materia

de educacion, á los maestros de primera enseñanza, a'egándose que han hecho para ello estudios especiales. Y que la tienen en la práctica, lo acredita una desgraciada esperiencia. Pero esto no consiste en que haya en tal hecho un fondo de razon; sinó en que el descuido de los padres, la desidia de las familias, en una palabra, el abandono en tan importante asunto por parte de los mas interesados en la felicidad del niño, hace mirar como plan, lo que en muchísimos casos no es mas que el remedio á la infraccion del grandioso plan de Dios en la educacion del hombre.

No se crea, señores, que trato de amenguar en un ápice la importancia del Maestro de primera enseñanza; no se crea que intento negarle la influencia, la gran influencia que tiene en la educacion; nada de eso: soy Maestro de escuela y mas que Maestro que instruye me ha satisfecho ser llamado Maestro que educa; pero educar en la verdadera acepcion de la palabra educar: tal cual la hemos determinado en un principio. Lo que yo no quiero, ni puede quererlo nadie que algo discurra sobre este punto, es que el Maestro sustituya por completo á la familia, como hoy es muy comun: lo que yo no quiero es que la familia descargue todos sus cuidados en el Maestro, á quien no es, ni puede serle tan fácil dominar los malos instintos del niño; porque no tiene ni tanta autoridad como los padres, ni le es dable inspirar tanto cariño, ni infundir tanto respeto. El maestro hace ya mucho con ser el continuador de la familia en lo que á educacion respecta: no queráis hacerle desempeñar el principal papel; que esto seria trastornar el plan de Dios en esta parte. Intentar posponer la influencia de la familia á la influencia de la escuela, es confesar tácitamente que la familia está desquiciada, es convenir en que la sociedad se halla ya en el último periodo de su descomposicion.

Que los padres tienen una ventaja inmensa sobre los demas para enderezar los pasos de sus hijos por el camino de la virtud, lo dicen tres sentimientos del hombre que sólo en la familia se desarrollan con facilidad: sentimientos purísimos, emanacion de Dios que los inspira. Y no vayais á buscar su crecimiento en otra parte: son flores que troncha el aquilon ó que el calor agosta, cuando se las trasplanta; ó que raquíticas crecen, cuando, violentando las

leyes eternas de Dios, se las hace vivir en invernáculo apartado. Estos tres sentimientos son el respeto, la obediencia y el amor. Educad estos tres sentimientos y tendreis cuanto podeis desear sobre este punto; pero educadlos en la familia, al calor del regazo maternal, ante la apacible severidad del padre: allí podrán germinar y crecer, y adquirir vigor y lozanía.

El respeto es natural en el hijo: nadie lo enseña; Dios lo inspira en el corazon. Para el hijo no hay hombre alguno como su padre: él sólo es el sábio, él sólo es el bueno, él sólo es el fuerte; una aureola misteriosa lo circunda y lo separa del resto de los mortales: sus acciones, sus palabras, sus consejos, tienen para el niño un no sé qué de grande y sobrenatural que mantiene al padre á respetuosa distancia del hijo. Parece que Dios se ha complacido en dejar en cada hogar su propia imágen, para que en todas partes sea respetada su presencia. No, no podemos negar de ninguna manera que el respeto, que despues se estiende y generaliza hasta las personas constituidas en autoridad, sólo en la familia tiene su natural crecimiento.

En otra ocasion semejante á esta, tuve el honor de manifestar que para el niño son estraordinariamente grandes la hondad y el saber de su Maestro, cuando éste ha sabido ser tal Maestro para el niño, cuando con el cariño de padre, y á fuerza de paciencia, ha grabado en la inteligencia del discípulo útiles verdades, y depositado en su corazon las semillas de la virtud y de la fé. «Pero suponed, añadí, que el Maestro, porque es hombre, llega á manchar su reputacion y que en consecuencia decae en el concepto del niño. ¿Qué influencia, qué autoridad, qué prestigio le queda ya al Maestro? Que no se presente ante sus discipulos jamás.»

Y ¿creeis que el padre podrá hallarse alguna vez en el mismo caso? ¿Desmerecerá, por ventura, para su hijo? Imposible: las faltas del padre no le hacen caer de la altura en que el hijo le colocó; las faltas del padre, podrá lamentarlas el hijo; si éste es adulto, serán, tal vez, objeto de suplicante y cariñosa amonestacion; pero causa para considerarle indigno del respeto que le tributa, eso jamás. El por qué de esto á nadie se le oculta: no hay mas que una razon; porque es su padre.....

Se obedece á quien se respeta, y el niño somete su voluntad á la voluntad paterna sin ningun inconveniente; podrá manifestar su disgusto al obedecer, ó no cumplirá el mandato que se le impone, si hay algun capricho que satisfacer, ó alguna pasion ejerce perniciosa influencia; pero en su interior obedecerá sin duda; porque el hijo no niega en ningun caso á su padre el derecho que éste tiene de mandarle: su corazon nunca se rebela. Y no espereis que fácilmente pueda nadie sustituir al padre en este caso; que á nadie concede el hijo el derecho de ejercer sobre él esa influencia; en favor de nadie abdica espontáneamente su libertad en cumplimiento de una prescripcion. Dios sabe por qué esto es así: tal vez porque conviene á la mejor educacion de la criatura racional.

El último de los sentimientos que he indicado, pero que no es el último en su desarrollo, es el amor. La madre fué la que lo infundió en el corazon de su hijo, ó mejor la que determinó allí su desarrollo con embelesantes caricias. Y el niño correspondió á la maternal solicitud con la dulce sonrisa de sus lábios purpurinos, con la mirada cándida de sus ojos de ángel; y se aficionó á su madre, como si en el delicioso néctar que le satisfacía una necesidad del cuerpo, buscase anheloso otra mas grata satisfacion del alma. Y este sentimiento que se hizo extensivo al sér mas fuerte que junto á su madre vió siempre, creció en su pecho hasta un punto en que, transcurridos los dias y mas desenvuelta su razon, creyó que aquellos séres estaban unidos á él con lazo invisible que jamás habian de romper ni la distancia ni la muerte; y la vida, poca cosa juzgó que era la vida para sacrificarla en aras del amor filial. El niño ama á sus padres antes de saber los beneficios que de ellos recibió, los ama antes de comprender los sinsabores y los tormentos que les produjo. ¡ Hombre alguno no puede ni exigir, ni menos inspirar tal sentimiento ! ¡ Lo guardaba esto Dios, sin duda, para los que se vieran adornados con la augusta investidura de padres ! ¡ Sólomente el padre y la madre saben, amando, inspirar tal amor ! ¡ Amor purísimo, de origen celestial, que sumerge el alma de los hijos en un mar inmenso de indescriptible felicidad ! ¡ Amor purísimo, que espontáneo se manifiesta en todas las situaciones de la vida ! ¡ En el ¡ Madre mia ! que sale del fondo de los calabozos ! ¡ En el ¡ Madre mia ! que

los lábios murmuran, cuando el hombre se ve en la cumbre del poder y de la gloria!!!; Dichosos, mil veces dichosos vosotros los que aun podeis estampar en la frente serena de los autores de vuestros dias el óbsculo del amor filial! ¡ Dichosos , mil veces dichosos vosotros los que aun podeis reclinar la cabeza en el seno amoroso de una madre, y depositar en él los pesares de vuestra alma, y contar allí vuestras cuitas, y confesar allí vuestros extravios! ¡ Dichosos sí; que aunque no hallareis en el mundo un corazon amigo, siempre os queda un alma que para vosotros vive, un corazon cuyo amor nunca se estingue. ¡ Ah! Los que perdimos prendas tan queridas, sólo tenemos para consuelo en la tierra una lágrima en los ojos, una plegaria en los lábios, una esperanza en el corazon,....

¿ Me direis ya á quién le será mas fácil formar el corazon de un hijo? ¿ á quién le será mas fácil la educacion del niño? Pero advertid que hablo de la educacion que hace hombres justos antes que útiles, y útiles antes que ilustrados y sábios: en la cuestion actual la instruccion es muy secundaria; me refiero con preferencia á la educacion del corazon. Al maestro, al pedadogo tal vez no le es suficiente el estudio que hace del corazon para conocer las inclinaciones del niño: el padre y la madre conocen las de su hijo desde que apenas articulaba una palabra; entonces adivinaban ya sus deseos. El Maestro, el pedadogo necesita una vocacion decidida, paciencia nada comun y constancia sólo para copiar al padre de familia: el padre y la madre lo tienen todo en el respeto que inspiran, en la obediencia natural que exigen, en el amor que la Providencia puso en el corazon de padres é hijos.

Hay mas: para educar es necesario sofocar los instintos aviesos; hay que desarraigar alguna pasion que en el pecho crece cual yerba ponzoñosa en vergel florido, y esto, ¿lo podrá, acaso, conseguir alguno mejor que los padres? Pero el niño tambien respeta á su Maestro, se dira. ¿ Y lo respetará tanto como á sus padres? Pero el niño obedece y ama á su Maestro. Y ¿ siempre somete su voluntad á la voluntad que le manda? ¿ Recibe muchas veces el castigo que se le impone sin rebelarse interiormente contra el que ejerce sobre él una autoridad que, á su entender, nadie le otorgó? Hemos de convenir en que el padre y la madre están en circunstancias mas



ventajas que otro alguno para educar á sus hijos, ya que no es, ni por punto general puede ser, para instruirlos en las nociones de los ramos del saber. ¿Y cómo no? si Dios ha inspirado al hombre el respeto, la obediencia y el amor para que aparezcan en la familia y sólo en la familia se desarrollen? ¿Cómo no? si no hay educacion posible sin amor, sin respeto y sin obediencia? Que el padre por lo comun no tiene la instruccion conveniente, y alguna se necesita para educar: que el padre puede ser un malvado. Convenido; y hemos llegado al fin de la cuestion.

Hagamos, pues, honrados padres, religiosos é instruidos; hagamos padres que sean buenos ciudadanos; hagámoslos multiplicando las escuelas y los Maestros, y lo que para algunos será un magnífico plan de educacion, vendrá á constituir el remedio, el héroeico remedio á la infraccion del plan de educar. V he aquí entonces á los Maestros supliendo en absoluto á la familia; he aquí á los Maestros estudiando las inclinaciones de sus discípulos para copiar, sólo para copiar al padre de familia, quedándose á respectuosa distancia del original. Dadas estas condiciones, bien podremos decir que al Maestro se deberá en mucha parte el benéfico cambio que la educacion opere en las costumbres: nada se tendrá que agradecer á los llamados por la Providencia para formar el corazon de los niños.

Acometamos, pues, Maestros de primera enseñanza, tan árdua empresa; ya que, trastocados los términos, somos el remedio á la infraccion del plan de educar: acometámosla, si, y sentiremos la satisfaccion, la gran satisfaccion de haber contribuido con nuestras fuerzas á que se cumplan los disignios de la Providencia, á pesar de los obstáculos que el abandono de las familias opone á la realizacion de estos designios.

Así y solo así será menos difícil encauzar una sociedad que de otro modo no tardará en sentir los síntomas precursores de una muerte cierta, muy parecida á la que, no obstante sus leyes y su poder, experimentó el imperio gigante de los césares. Y si ahora somos el remedio que en parte neutraliza el abandono de los padres, en tan importante asunto, pronto seremos sus continuadores; y dejaremos á la niñez mejor preparada para recibir otras mas superiores lecciones de otro ministerio; y los consejos del maestro y las

prácticas de las familia, grabarán profundas huellas en el corazon, huellas que el vendaval de las pasiones no borra jamás y que sirven al hombre de guia y de consuelo en las adversidades de esta vida.

Mi última palabra va á ser para los niños objeto de esta solem. nidad.

Dos cosas, queridos mios, quisiera que guardareis de este dia, dos ideas que grabarais en vuestra memoria. El Excmo. Ayuntamiento y Excmo. Junta local de primera enseñanza, siempre solícitos por vuestro bien, siempre amantes de vuestra educacion, han querido con la Ilustre Comision de festejos que la distribucion de los premios que habeis merecido por vuestra constancia en el estudio, se verificase en el Paraninfo de la Universidad literaria: pensad, pues, siempre que este es el lugar donde sólo se premia la aplicacion y la virtud. Esta es una idea. La otra es mucho mas importante, es de otro órden mas elevado. En estos dias, Zaragoza, Aragon; España, el mundo consagran un recuerdo á la Virgen del Pilar; y vosotros con este acto brillantísimo contribuis á los festejos que un pueblo entusiasta de sus tradiciones y dispuesto á morir por sus creencias, dedica á su Escelsa Patrona: pensad pues que si con tal motivo os hallais reunidos en este augusto recinto, es porque vuestra educacion está en completa armonia con el sentimiento religioso del pais. No olvideis esto jamás; y justos, laboriosos é instruidos, sereis hijos dignos de un pueblo, cuyo nombre es saludado con entusiasmo y con respeto, en recuerdo de su Pilar y de sus Mártires, en tributo de admiracion por sus sitios inmortales.

He concluido.
